

EL AGUA SE DIVIDE EN LA FRONTERA: DOMESTICACIÓN DE LA SALUD AMBIENTAL EN CIUDAD JUÁREZ

Sarah Hill¹

El neoliberalismo ideal consiste en la minimización del gobierno activo y su reemplazo por el mercado como proveedor preferido de todos los servicios y bienes sociales. En eso, la privatización ha sido uno de los mecanismos clave en la transformación radical de las relaciones corrientes sociedad-sujeto-Estado. Entonces, no nos debe sorprender que las influencias de privatización se hayan convertido en una norma que regula todo el comportamiento humano, incluso el cuidado del agua, donde supuestamente en México (hasta el momento) el mercado no entra.²

Podemos ver la influencia de la ideología de privatización en la siguiente anécdota, en el otoño de 1998, en el ex tiradero de Ciudad Juárez, cuando visité a una familia que no había visto en casi un año. Durante este lapso, como muchas de las familias asentadas en el basurero, el jacal de Gisela y Jorge³ se había ampliado notablemente. Con orgullo, Gisela me mostró sus nuevos cuartos de material recién construidos por su esposo. Nos dispusimos a charlar más al fondo después de su "gira" al hogar. Siguiendo las reglas de hospitalidad, Gisela me ofreció un vaso de agua. Me imagino que mi cara expresó sorpresa porque antes de tener oportunidad de declinar su invitación Gisela atacó sus sospechas dudas de mi declinación al tomar su agua: "El agua está purificada", declaró. Había aprendido en una campaña de los medios masivos como guardar la seguridad del

agua dotada por "las pipas" (camiones de agua). Siguiendo la información provista, ella había entendido lo saludable que era echar cierta cantidad de cloro en un contenedor cerrado y de esta forma prevenir la entrada de gérmenes provenientes de los polvos contaminantes traídos por los vientos constantes de ese desértico y montañoso sector de la ciudad.

Quedé impresionada. Durante los cuatro años de trabajo de campo en colonias periféricas de Ciudad Juárez, rara vez había encontrado algo así: una oferta de agua purificada junto con una explicación de las técnicas de purificación. Ya me habían ofrecido agua purificada de botella en varias ocasiones. Pero lo más típico era la oferta de una Coca o refresco de sobre (como KoolAid). Agua "purificada en casa" era algo realmente fuera de lo común. Para mí, este gesto atípico de una ama de casa de la periferia fue aún más curioso, porque yo había evaluado una intervención directa que se importó en varias colonias parecidas a la del ex tiradero en 1996. Pero la tasa de "retención" de las recomendaciones de la intervención era algo decepcionante: después de un año, casi la mitad de madres participantes no continuaba las prevenciones, como poner cloro, prevenir el contacto de las manos en los contenedores del agua para beber y otros pasos para proteger la seguridad del agua.⁴

En contraste, Gisela no había gozado en cinco semanas de las visitas de una promotora, para reforzar las lecciones del cuidado higiénico del agua. Pero de manera curiosa ella captó y siguió las instrucciones voluntariamente, sin presión social obvia. En eso, Gisela aparecía como el sujeto natural del neo-

¹ Anthropology and Environmental Studies, Western Michigan University.

² La cuestión del agua en México es complicada. Aunque se considera el agua aun como recurso nacional, varias municipalidades han firmado contratos con compañías transnacionales que administran desde las finzas hasta la totalidad del sistema físico. En este sentido, México está siguiendo un modelo parecido al de Sudáfrica, donde se presenta "corporatización" o privatización limitada. Véase Municipal Services Project, www.queensu.ca/btsp

³ Seudónimos.

⁴ Sarah Hill, "The Political Ecology of Environmental Learning in Ciudad Juárez and El Paso County", en Lawrence Herzog (ed.), *Economic and Environmental Integration: Sustainability on the U.S.-Mexico Border*, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, 2000, pp. 129-154.

liberalismo: de buena voluntad asumiendo las vagas prescripciones de responsabilidad individual, doméstica y personal en el manejo de la reproducción social. Sin embargo, la producción del sujeto ideal neoliberal no es tan sencilla. De hecho, como elaboraré abajo, Gisela señala una división emergente en las colonias de Ciudad Juárez entre dos conceptos distantes de la influencia del medio en la salud. Podemos ver, tras esta división, las tendencias opuestas del neoliberalismo en Ciudad Juárez. Con esta revisión podemos definir mejor el alcance y la naturaleza heterogénea de la privatización en México.

Neoliberalismo y ambiente en la frontera norte

Tras varias semanas de la campaña contra la diarrea por los medios masivos, Gisela, junto con miles de madres de Ciudad Juárez, asumió con ánimo su responsabilidad personal de proteger el agua familiar. Pero en el momento en que Gisela mejoró su función como proveedor de agua potable en el hogar, en las colonias vecinas maquinaria pesada empezaba una transformación física de la infraestructura, cuyo alcance no tenía antecedentes históricos en Ciudad Juárez. Sobre las faldas de la acirra de Juárez, esta maquinaria excavaba trincheras, colocando lo que sería la fundación para que la ciudad asumiera la responsabilidad sobre un elemento vital de bienestar social: la dotación de agua potable. Ambas maneras de entregar el agua potable—los remedios modestos y “caseros” de Gisela y el desembolso masivo en obras públicas de la ciudad—son artefactos del neoliberalismo en Ciudad Juárez. La diferencia de estas dos maneras de entregar el agua potable se ha abierto a las distintas tendencias de neoliberalismo.

Se han hecho críticas al neoliberalismo que señalan que, al retirar el Estado de bienestar, se afecta a la población más vulnerable, acrecentando sus vicisitudes económicas (consecuencia del mercado desregularizado), que las orillan a romper sus colectividades y aísla a sus miembros como personas. De hecho, se toman como obvias y típicas las consecuencias, atomizando e individualizando la eliminación del bienestar del ámbito público, que la crítica del “individualismo” se convierta en la crítica mandatada al neoliberalismo. Por ejemplo, el neoliberalismo, citando a Graham Burchell, depende de la manera en que los “individuos están requeridos a asumir el estatus de ser el sujeto de sus vidas”.⁵ Sin duda, atrás

de toda América Latina, las relaciones sociales se han estado mercantilizando y el aparato ideológico del mercado se ha naturalizado. Los nuevos arreglos del autocuidado han producido, en términos adoptados por Nikolas Rose,⁶ “sujetos que escogen”: son sujetos autónomos que permiten que se tomen los procesos del “gobierno de distancia” y que “escogen” arreglos sociales que favorecen soluciones de privatización (del mercado) para su bienestar personal.

Sin embargo, creo que vale la pena considerar con precaución las variedades de las políticas, los programas y las retóricas neoliberales, así como sus consecuencias de tiempo y espacio, sobre todo las que están vinculadas o contravenidas por las contradicciones internas que rinden formas abigarradas de actores sociales y políticos. Quizas el neoliberalismo se ha convertido en una hegemonía global, como citan algunos. Pero eso no comprueba que el neoliberalismo sea siempre lo mismo ni que el producto principal sea el que quiera el individuo. Los mismos impulsos que han desmantelado las burocracias estatales y transferido las empresas costosas del cuidado público han promovido el nacimiento de aparatos nuevos y distintos; estos nuevos aparatos y burocracias remiten a formas de responsabilidad del Estado que han engendrado la necesidad de formas de control estatal.⁷

El compromiso del gobierno con el bienestar se está acabando: en la frontera norte de México, los gobiernos federal, estatal, municipal y local han se-

Self”, en A. Barry, T. Osborne, N. Rose, (eds.), *Foucault and Political Reason: Liberalism, neo-Liberalism and Rationalities of Government*, University of Chicago Press, Chicago, 1996, pp. 19-37; John Gledhill, *Neoliberalism, Transnationalization and Rural Poverty: A Case Study of Michoacán, Mexico*, Westview Press, Boulder, 1995; Altha Cravey, *Women and Work in Mexico's Maquiladoras*, Rowman and Littlefield, Lanham, 1998; Gerardo Otero, “Neoliberal Reform and Politics in Mexico”, en Gerardo Otero (ed.), *Neoliberalism Revisited: Economic Restructuring and Mexico's Future*, Westview, Boulder, 1996, pp. 1-26; Sonia E. Álvarez, Evelina Dagnino y Arturo Escobar, “Introduction: The Cultural and Political in Latin American Social Movements”, en Sonia E. Álvarez, Evelina Dagnino y Arturo Escobar (eds.), *Cultures of Politics. Politics of Cultures: Re-Visioning Latin American Social Movements*, Westview, Boulder, 1998, pp. 1-32; Evelina Dagnino, “The Cultural Politics of Citizenship, Democracy and the State”, en Álvarez et al., *Cultures*, pp. 33-63; Maria Celia Paoli y Vera da Silva Telles, “Social Rights: Conflicts and Negotiations in Contemporary Brazil”, en Álvarez et al., *Cultures*, pp. 64-92; George Yudice, “The Globalization of Culture and the New Civil Society”, en Álvarez et al., *Cultures*, pp. 353-379.

⁵ Nikolas Rose, “Governing ‘Advanced’ Liberal Democracies”, en A. Barry et al., *Foucault*, pp. 37-65.

⁷ Ananth Aiyer, “Hemispheric Solutions? Neoliberal Crisis, Criminality and ‘Democracy’ in America”, en *Urban Anthropology*, vol. 30, núm. 2-3, Summer-Fall, 2001, pp. 239-268.

⁶ Graham Burchell, “Liberal Government and Techniques of the

guido políticas de baja inversión en la reproducción social, en comparación con las ciudades del interior.⁸ En la década de 1980, la ausencia de infraestructura ambiental y las políticas contra la contaminación amenazaron las esperanzas del TLC. Esta amenaza era seria, debido a que el TLC constituyó la piedra angular de plan del salmismo, que era el de permitir la incorporación total del mercado para el bienestar del país. Para asegurar la ratificación del tratado en el Congreso estadounidense, México tenía que comprometer una expansión impresionante de servicios e infraestructura física para los habitantes de las crecientes ciudades industrializadas en la frontera norte, lo que permitió que los rellenos sanitarios, los sistemas de drenaje, el manejo de los desechos contaminantes y el tratamiento de aguas negras pasaran del ámbito local al dominio público.

Sin embargo, no todos los habitantes fronterizos han gozado del apoyo público. De hecho, la dotación desigual de la infraestructura ambiental ha contribuido a la estratificación espacial de la clase obrera en las ciudades de la frontera. Estas diferencias estratificadas entre los asentamientos de clase obrera (entre los que tienen y los que no tienen los apoyos en servicios públicos) han aumentado debido a que las intervenciones de tipo social están siendo permeadas por la privatización del manejo de la salud ambiental; de igual forma, los asentamientos han sido excluidos del beneficio de la expansión de infraestructura.

Los asentamientos que se encuentran sobre y fuera de la cuadrícula, se puede decir, experimentan la imposición del neoliberalismo en el manejo ambiental. Los que viven sobre la cuadrícula (gozando de infraestructura) entienden que el manejo de los desechos es responsabilidad del Estado; quienes viven fuera de la cuadrícula (padeciendo tanto absoluta como relativamente la ausencia de infraestructura) entienden que el manejo de los desechos es responsabilidad de los hogares, principalmente de las amas de casa. Estas tendencias se enfocan en el uso de las políticas progresistas del ambiente que canalizan las normas de responsabilidad neoliberal.⁹

⁸ Iboniuh Guillén, "servicios públicos y marginalidad social en la frontera norte", en *Frontera Norte*, vol. 2, núm. 4, julio-diciembre, 1990; Cravey, *Women, César Fuentes Flores, Reestructuración económica y estructura urbana. el caso de Ciudad Juárez (1965-1995)*, El Colegio de la Frontera Norte, Ciudad Juárez, 1998.

⁹ Frederick J. Bustel, "Environmentalism: Origins, Processes, and Implications for Rural Social Change", en *Rural Sociology*, vol. 57, núm. 1, 1992, pp. 1-27; Wolfgang Sachs (ed.), *Global Ecology: A New Arena of Political Conflict*, Fernwood Books, Nueva Escocia, 1993.

Los esfuerzos enérgicos por "educar" a los residentes de asentamientos sin infraestructura física con respecto a la importancia de separar los desechos no ponen al individuo como el actor principal en "el gobierno de la distancia", sino como secundario, ya que las poblaciones enfocadas en ciertas intervenciones ambientales se encuentran eligiendo entre dos formas de relaciones sociales, las cuales fomentan entendimientos y experiencias personales distintos respecto al medio.

Tambos y pipas: el agua y la comunidad

Como los demás asentamientos sin conexiones a las líneas públicas de abastecimiento de agua, durante los principios de la década de 1990, los habitantes del ex tiradero recibieron su cuota de agua provista por cañiones municipales llamados *pipas*. La mayoría de las familias tenían tres o cuatro contenedores industriales usados, los cuales son llamados *tambos*.

Para mejorar la calidad de los tambos, las familias los pintaron con una capa de brea por el interior y los cubrían con materiales como el *triplax*, que era adquirido en el tiradero. Trataban de seleccionar el más limpio o el que estaba en mejor condición para el agua de beber y conservaban los demás tambos para el agua de uso general (bañarse, lavar ropa y trastes y limpiar la casa). Sin embargo, frecuentemente la cuota de agua no alcanzaba para toda la semana y, faltando algunos días para que llegara la siguiente pipa, las familias comenzaban a beber agua de los demás tambos.

La mayoría de las familias que conocí hasta 1998 tomaban el agua directa de los tambos sin purificarla. Cuchareaban el agua del tambo y la transferían a un contenedor más chico y fácil para llevar a mano. Con frecuencia, la tarea de traer el agua del tambo a la casa recaía en los niños. Al igual que los tambos, se reciclaban contenedores de usos comerciales o industriales para utilizarlos en el interior de las viviendas. Una vez dentro de la casa, variaba si la familia tapaba o no los contenedores más chicos; el miembro de la familia que deseaba beber agua sacaba su porción con un vaso o una taza o a veces utilizaba un cucharón. Desde la transferencia del agua en el patio hasta su último recipiente humano, el agua entraba en contacto repetidas veces con las manos de los miembros de la familia.

Cuando una familia agotaba sus reservas, se acostumbraba pedir un "galoncito" de la vecina; las familias que sufrían con el abasto de agua eran las que tenían un número mayor de integrantes así como

las familias recién llegadas, ya que se acababan el agua con mayor frecuencia antes del siguiente ciclo de la pipa, además de batallar para aumentar sus cuotas. Cuando la familia crecía, ya sea por nacimientos o por la llegada de más familiares, las mujeres tenían que rogar al chofer de la pipa que les repartiera más agua; para esto, incluían un nuevo tambo para que el chofer lo llenara. Durante el verano, las necesidades de agua aumentaban, así como el tiempo de los ciclos en que la pipa repartía el líquido: en algunas ocasiones se tardaba en repartir uno o dos días y en otras hasta ocho días.

Las familias trataban de conservar el agua debido a la escasez crónica del líquido; se preparaban para cualquier eventualidad, como compartirla con los vecinos que más la necesitaran. Para esto, fue necesario establecer un crédito entre los vecinos que les permitiría usar agua en el momento en que no les alcanzara. Precisamente por su escasez, el agua es un elemento importante en las relaciones sociales dentro de la comunidad, que funciona como enlace entre una serie de redes de compromisos (pasados o futuros) entre los vecinos.

Las normas de hospitalidad requerían que se ofreciera una bebida a los visitantes; estas normas mandaban que uno aceptara cualquiera bebida ofrecida. Compartir el agua escasa iba en contra de algunas diferencias sociales que existían entre los vecinos y se le vinculaba con relaciones de reciprocidad, teniendo como recurso común el agua. Asimismo permeaba las sensibilidades políticas de los residentes; esta reciprocidad era el medio por el cual fluía información importante de los esfuerzos colectivos que les ayudaría a conseguir el título de los terrenos.

Su condición común contra la escasez del agua unía a la gente y las estimulaba a actuar como una comunidad; estar organizada colectivamente le permitía enfrentar a las autoridades para reclamar la regularización de la comunidad.

Al tratar el agua como un problema de la comunidad y no de los hogares separados, los habitantes reforzaban su solidaridad comunal y se presentaban como un poder en contra de la administración de la ciudad, la cual siempre se resistía a regularizar los terrenos del tiradero por estar en una zona de alto riesgo.

Los residentes veían el agua como un recurso social que regaba su poder colectivo. Esa visión fue reforzada por su concepto del papel social que cumplía el agua en lo referente a la salud. A mediados de la década de 1990, el agua no poseía una esencia (ni siquiera fuera esencialmente malo o bueno), sino que sólo pertenecía a un nexo social. Los residentes no

consideraban que el agua de pipa almacenada en los tambos causaba enfermedades; al contrario, pensaban que la salud se reforzaba con el contacto social. Los residentes creían, por lo general, que al hacer relaciones sociales se aguantaba mejor el ámbito físico notablemente duro. Las opiniones de Micaela, por ejemplo, correspondían a lo típico de la colonia.

Micaela tenía aproximadamente 34 años y estaba embarazada de su cuarto hijo. Servía como promotora de salud reproductiva en la colonia y estaba recibiendo entrenamiento de una ONG de planeación familiar. A pesar de tener acceso con frecuencia a información de higiene, Micaela no hacía nada para purificar su agua. En el otoño de 1995, tentativamente, le pregunté porqué; después de una pausa contestó con cierta deliberación:

Es importante beber el agua como está para tus defensas—consciente de mi confusión, continuó—: si yo purificara mi propia agua o si yo comprara agua, eso sí me serviría, pero, cuando esté con mi vecina, ¿qué haría? Mi resistencia sería menos, y no podría tomar de su agua, no podría tomar de su agua, y eso no se hace; otra cosa, ¿qué haría si no tengo agua en mi casa? Tú sabes cómo está la pipa, tendría que tomar de su agua, y me enfermaría. Es mejor no cambiar; cuando se cambia, se enferma, yo no tengo miedo al agua de esa colonia.

Al continuar la discusión, ella enfatizaba que cada persona necesita llevar su cuerpo a un nivel social de la cualidad del agua en la comunidad. Distinguir el agua propia para proteger la salud, entonces, tendría un efecto perverso: en lugar de mejorar la salud, se le expone al riesgo. Algunos meses después, la visité cuando tenía a su último niño, Chuy; entonces retomé el asunto cuando vi un garrafón de Pura Sol. Me contestó que pronto, una vez que Chuy se independizara de ella, no le daría ya agua purificada; Chuy tendrá un incipiente carácter social, de hecho, con el tiempo veía el concepto en la práctica. Para poder ser una persona con relaciones sociales, Chuy necesitaba integrarse a su mundo, no sólo social sino también físico. Su habilidad de socializar con sus hermanos y otros niños de la colonia requería que él aguantara las propiedades físicas de su entorno, así como las sustancias que se incorporarían a su cuerpo. Esa tolerancia era vital para su desarrollo como actor social, político y colectivo. Su inminente socialización está vinculada social y físicamente a su habilidad de aguantar el agua de la colonia.

Al considerar las diferencias entre el agua de la pipa y el agua del tambo, me pregunté: ¿por qué las familias podrían tratar sus cuotas de varias mane-

ras? La intervención que visitó varias colonias de la ciudad en el verano de 1994, insistía en distinguir entre el agua de la pipa y el agua de los tambos. La intervención llamaba "agua del tambo" al agua en colonias sin conexiones con la red pública de agua potable (como la colonia del ex tiradero). El agua, una vez trasladada de la pipa al tambo, podría sufrir cualquier transformación, dependiendo de los contenedores y la manera en que era transferida del patio a la casa, dependiendo de cómo se tapaba el tambo, del nivel general de higiene en el terreno, etc. Para los arquitectos de la promoción, el agua salía de las pipas en condiciones uniformes, y, una vez que llegaba a las residencias, experimentaba transformaciones particulares que variaban por hogar. El agua llamada "agua del tambo" señalaba su variación probable por familia; los residentes, por contraste, sin hacer caso de sus prácticas particulares de almacenamiento, purificación y manejo, tendrían que llamar a esa agua "agua de pipa". Para ellos, la pipa determinaba la calidad del agua y no lo que hacía la familia en particular una vez que el agua salía de la pipa; no se veía el agua como dividida por casa, sino se veía toda el agua como agua de pipa, señalando que los residentes enfrentaban el agua de manera común y comunal, no como hogares particulares, a pesar de que los hogares particulares harían cosas muy distintas a sus cuotas de agua.

Segregación del agua, aislamiento social

La intervención conducida en varias colonias de la periferia de Ciudad Juárez en el verano de 1994 y en años siguientes enseñó a mujeres como Gisela a purificar el agua familiar e introdujo una diferencia marcada en el concepto del agua de algunos vecinos. La campaña, llevada a cabo de manera "comunal", pero dirigida casa por casa, enfocó el cambio de los hábitos higiénicos de las familias por cambios de las amas de casa. En particular, se trató de alterar los conceptos de la transmisión de las enfermedades intestinales y de fomentar una visión del agua como "agua del tambo" y que esa agua era específica y particular de los comportamientos de cada hogar. La intervención se enfocó en la "ruta oral-fecal" de transmisión de diarrea. Y esa comunicación enfocó cómo las manos que han tenido contacto con heces fecales (en la letrina o en el patio) contaminaban el agua. Esa agua contaminada por las manos sucias servía como reserva de gérmenes, con capacidad para infectar a cada persona que la tomara. Las manos también podrían contamiar la comida, si la comida fue-

ra preparada o consumida antes de lavarse las manos. Los materiales y el contenido oral de la intervención avivaron la conciencia y la sensibilidad hacia la presencia de heces fecales fuera del lugar y subrayaron el mensaje de que en el aire libre los microbios en heces fecales podrían penetrar los cuerpos vulnerables. El cuidado del agua proveía la prevención más segura contra el reingreso de los desechos humanos en sus propios cuerpos.

La intervención enseñó a las mujeres a ver sus hogares como unidades auto-delimitadas donde el cuidado de la madre influía directamente en las enfermedades diarreicas. Por medio de la intervención, las mujeres entendían la importancia de ver y policiar las fronteras entre los vecinos y las sustancias tóxicas dentro de su propio terreno que podrían contagiar a los miembros de la familia. Para proteger el agua contra la contaminación de heces fecales, el cambio de hábitos más notable fue guardar el agua en circuitos cerrados. Se debía sellar los tambos con tapas seguras. Los recipientes abiertos utilizados para el agua potable fueron remplazados con recipientes sellados y equipados con aperturas protegidas — llaves y válvulas para meter y repartir el agua—. Paralelamente, las promotoras recomendaron a las mujeres proteger los orificios vulnerables (narices y bocas) con mayor atención y guardar el producto del primero aparte de lo que consume el segundo. El manejo de los espacios de peligro se enfocaba siempre en los dominios controlables. Se convencía a las madres que los cuerpos de los materiales excretados por ellos tenían que ser esperados escrupulosamente de los materiales consumidos.

En mis conversaciones con los participantes, fue muy claro que la intervención patologizó diarrea de una manera nueva y culpó a una mamá irresponsable por la transmisión de enfermedades. A consecuencia de la intervención, se veía la diarrea como prevenible, ya no como un aspecto natural del crecimiento del niño. En lugar de entender la diarrea como una enfermedad social, producto de un fallo del estado de proveer infraestructura adecuada, se le veía como resultado de las fallas de la mamá. Los niños con diarrea cargaban la mancha de una madre irresponsable y negligente, o sea, la falla de una madre por no separar suficientemente el hogar y el agua de sus propios desechos. Para prevenir las fallas en hacer mamá, la intervención destacó la necesidad de tratar los hogares como unidades individuales, separados de las comunidades donde andaban las demás madres peligrosas.

Después de la intervención, muchas mujeres hablaban de la diarrea en la comunidad como un pro-

blema, diciendo: "Sí, hay mucha diarrea aquí". Pero cuando yo hacía las preguntas en búsqueda de detalles específicos, se hablaba siempre de otros: alguna otra madre, los niños de alguna otra madre. "Ella es muy cochina", decían furtivamente, indicando con discreción a una vecina. Dudo que esa actitud sea completamente nueva en los asentamientos marginales; sin embargo, la conciencia avivada de la responsabilidad personal para prevenir la contaminación del agua para beber con heces fecales les hizo más fácil encontrar fallas en los vecinos y, consecuentemente, razones para segregarse de la comunidad.

Conclusiones

La intervención del verano de 1994 empezó, no precisamente algo nuevo (las campañas de salud tienen una larga historia en México) sino una notable intensificación de los discursos del neoliberalismo. Vinculando con otros discursos de autosuficiencia, responsabilización de la familia autónoma, y la independización de las viejas jaulas del clientelismo, junto con presiones en el punto de producción (o sea, las maquilas) de individualizar el/la operador(a), no es sorprendente que en el verano de 1998, en la colonia del ex tiradero, mujeres con buena voluntad adoptaron recomendaciones de proteger el agua para beber de una manera que facilita la desintegración de una comunidad incipiente. De hecho, en los años siguientes, en lugar de batallar para mejorar la colonia, familias como la de Gisela y Jorge han salido del tiradero vendiendo sus propiedades y siguiendo opciones como familias autónomas.

Al asimilar las lecciones de la salud ambiental, estos "sujetos que escogen"¹⁰ tienen que elegir entre

la comunidad y el hogar. También tienen que decidir entre definiciones distantes del medio: una definición social (basada en la comunidad) y una definición física (basada en el cuerpo). Tienen opciones que reflejan la dinámica dialéctica del neoliberalismo; entonces deben escoger entre algo que facilita el mejoramiento de la salud, visto en medida de conceptos biomédicos como unidades discretas y separadas, pero, a la vez, que debilitan la salud entendida como producto de reciprocidad entre familias.

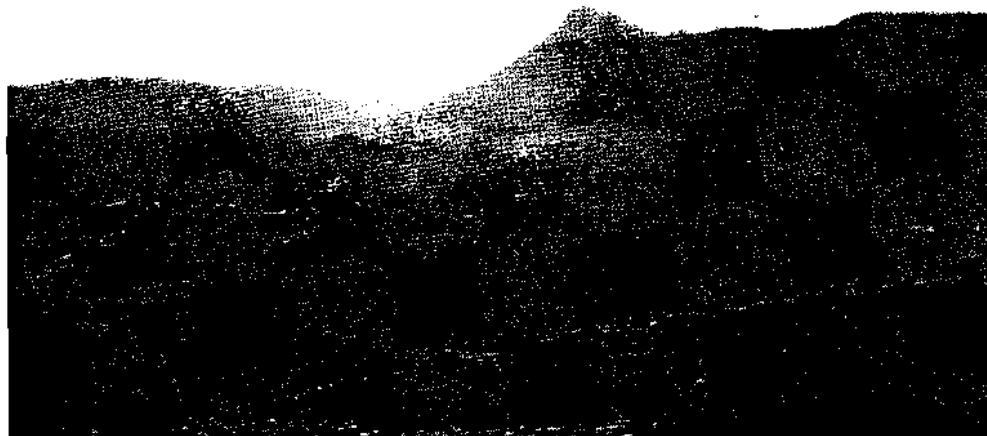
Mary Coffey¹¹ ha observado que, en contraste con el modelo europeo y el estadounidense de neoliberalismo, el neoliberalismo mexicano ha supuesto un actor compuesto, no un individuo. Este sujeto es parecido al que ha denominado Marilyn Strathern¹² el "dividual" —el sujeto encontrado fuera del oeste que no es esperable de las relaciones que lo produjeron—. Este sujeto contrasta con el sujeto ideal de la teoría clásica liberal, el individuo. Sin duda, hay presiones en México hoy en día que están rompiendo colectividades y remplazándolas por sentidos incontrovertibles de sujetos esperados —individuos—. No obstante, con frecuencia se administran estas presiones por medio de unidades colectivas, ampliando una brecha existente desde hace mucho tiempo entre la comunidad y la familia.¹³ Y se van a sentir estas presiones de manera distante, debido a que donde estos sujetos están situados en una sociedad siempre más estratificada, y dependiendo si están o no están en la cuadrícula de servicios públicos.

¹¹ Mary Coffey, "From Nation to Community: Museums and the Reconfiguration of Mexican Society Under Neoliberalism", en Foucault, *Cultural Studies, and Governmentality*, State University of New York. Jack Z. Bratich, Jeremy Packer y Cameron McCarthy (eds.), Albany, 2003, pp. 207-241.

¹² Marilyn Strathern, *The Gender of the Gift*, University of California Press, Berkeley, 1988.

¹³ Coffey, "From".

¹⁰ Rose, "Governing".



PAG 55

"Vista de Huejotitán", 1930, Huejotitán, Chihuahua. Archivo Histórico del Agua, Aprovechamientos Superficiales, c. 216, exp. 5196.